

Misa de exequias de Madre M^a del Mar Martínez López
Abadesa del Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas de Valladolid
27 noviembre de 2013

Lecturas: 1 Corintios 13; Mateo 25,31-40

Rev.mo Señor Arzobispo, Queridos Abades y Abadesas, Muy querida Comunidad de Santa María la Real de las Huelgas, Querida Familia de Madre M^a del Mar, Queridos hermanos y hermanas y amigos todos de Madre María del Mar.

Hoy nos hemos reunido para despedirnos de una Hermana que ha vivido en plenitud su vocación de madre. Y despedirse de una madre significa siempre darse cuenta de qué manera su cuidado y amor nos han dado a luz, nos han dado la vida, nos han ayudado a vivir.

María del Mar, como madre, ha vivido efectivamente su amor como “cuidado”, como atención a la vida y al crecimiento de los demás. Y este cuidado materno, concreto, realista, lo expresó hasta su muerte, y más allá del fin, hasta el punto de haber dejado unas indicaciones claras y concretas sobre cómo debía celebrarse su funeral, de modo que nuestro encuentro aquí fuese para nosotros un momento significativo, un momento que nos ayude a crecer en el amor a la vida, a la verdadera vida, la vida en Cristo de la que Madre María del Mar ha querido darnos testimonio. El testimonio de la vida en Cristo, del amor de Cristo, es un acto de amor, de cuidado, de pasión por nuestra vida. A nosotros nos queda la responsabilidad de acoger este testimonio, este cuidado que Madre María del Mar tiene por nosotros hasta y más allá de la muerte.

Además de madre, nuestra hermana también era maestra, siempre preocupada de educar, de formar, en su comunidad y en la escuela del monasterio que tanto ha querido.

Como madre y maestra, María del Mar nos ha dejado una última lección, un último testimonio, resumen de su vida, del deseo de bien de toda su vida, eligiendo las lecturas de esta liturgia y dejándonos una página comentándolas y que os leeré a continuación. En estas palabras tenemos su testamento, un testamento que es testimonio y deseo de comunicarnos lo que era y permanece como lo mas precioso en su vida.

Escribe Madre María del Mar, comentando las lecturas que hemos escuchado:

“Aunque no hace falta ninguna explicación para estas lecturas, quiero dejaros mi pensamiento sobre ellas.

Hasta que no he descubierto ese camino excepcional, mi vida no ha sido del todo feliz. La Carta a los Corintios, y hoy a los que nos hemos reunido en las Huelgas, es el resumen de la vida de Cristo, hecha Jesús de Nazaret para nosotros. La vida de cada día: ser pacientes, amables, no ser envidiosos, no llevar cuentas del mal, aguantarlo todo. Nuestra vida en esta tierra sería ya un cielo anticipado, dándole cada uno a Cristo nuestra vida entregada por los

demás, en la sencillez de una sonrisa, una caricia, una pregunta: “¿te puedo ayudar?”. Y el Evangelio del Juicio Final es ya el culmen de Jesús, amar a todos, pero, en especial, a los más desgraciados, a los que más sufren y nunca esperar nada a cambio, porque el premio del amor es el amor mismo, que es nuestro Dios, hecho vida divina en nosotros. No saben lo que se pierden los que no hacen el bien.

En resumen:

1º Amad a los demás como yo os he amado. Ese amor que lo aguanta todo y que permanece para siempre.

2º Y si ese amor se practica especialmente con los más necesitados, a “mí me lo hacéis” dice Cristo. Y experimentaréis el gozo de hacer el bien.

3º No esperar nada a cambio. Como dice San Bernardo: “el premio del amor es el Amor mismo, o sea, el mismo Dios que es Amor”.

¡Gracias a todos! Porque de todas las personas que han pasado por mi vida me han enriquecido, porque os he amado, he sido muy feliz. Por eso, hoy os pido que celebréis con gozo la fiesta de mi resurrección definitiva con Cristo con la mayor alegría. Y sabed que como estoy con Él estaré con vosotros hasta el fin del mundo. En otro estado, pero a vuestro lado siempre.

¡Amén, Aleluya!”

¿Qué podría añadir a este testimonio, a este “¡Amén, Aleluya!” que sintetiza toda una vida?

Solo puedo subrayar lo que la Madre nos escribe, para escucharla bien, para acoger su testamento, un testamento que con sencillez nos indica una posibilidad de plenitud de vida que es posible para todos, porque nos es dada por el mismo Jesucristo.

María del Mar nos recuerda que toda vida busca la felicidad. “Hasta que no he descubierto ese camino excepcional, mi vida no ha sido del todo feliz.” Nuestro corazón se siente movido por la búsqueda de la felicidad, de una felicidad posible, que no nos desilusione. La respuesta a esta sed de felicidad de nuestro corazón es el amor de Cristo, este amor totalmente gratuito que san Pablo nos describe en la primera carta a los Corintios. Un amor gratuito, un amor dado, ofrecido, sin esperar otra cosa, sin “esperar nada a cambio”, porque el amor es precisamente el premio del amor. Un premio infinito, de infinito valor, porque, como nos explica Madre María del Mar refiriéndose a la primera carta de san Juan, “el amor mismo (...) es nuestro Dios, hecho vida divina en nosotros”.

Dios es el amor que nos ama llenándonos de su Presencia, su presencia divina que se convierte en nosotros en vida nueva, vida de gracia, Cristo que vive y ama en nosotros.

El amor que cuida de los hermanos y hermanas que el Señor pone en nuestro camino, el amor que ofrece su cuidado “a todos, pero, en especial, a los más desgraciados, a los que más sufren”, nos hace encontrar a Jesús, nos pone en relación con Él, nos hace vivir todo con Él, y esta es una plenitud de vida y de felicidad, porque la comunión con el Señor es “vida divina en nosotros”. En la humildad que encuentra a los hermanos, a los más pobres, y se abre a la relación con ellos, nuestra vida, aún siendo pobre y pecadora, se convierte en divina, porque Cristo vive en nosotros.

Entonces, la muerte se convierte en una fiesta. Ya no es el final, no es una separación, sino que, como la define profundamente Madre María del Mar, es la fiesta de nuestra resurrección definitiva con Cristo. La vida eterna es vivir plena y definitivamente con Cristo. Y quien está con Él está con todos, porque está con Aquél que es el Amor que se entrega a todos, a cada uno, al corazón de cada uno.

“Como estoy con Él estaré con vosotros hasta el fin del mundo. En otro estado, pero a vuestro lado siempre.”

Esta promesa que hoy nos hace Madre María del Mar, no es un acto de presunción. Quien la ha conocido sabe que jamás se tuvo por una santa, y que tenía sus defectos de carácter, sus fragilidades, como cada uno de nosotros. Esta promesa es un acto de fe y de amor, o, más bien, un acto de fe en el amor, en el amor de Dios, en el amor que es Dios, que es un amor que amándonos nos une a Sí mismo, nos une a todos en la Comunión eterna y universal de la Trinidad.

¡Gracias, querida Madre y Hermana María del Mar por darnos testimonio de esto! Cantamos contigo “¡Amen, Aleluya!”. ¡Contigo expresamos hoy a Dios, que es Amor, nuestra fe y nuestra alabanza!

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist